

El resto de actividades o bien pasaban desapercibidas por no trascender al ámbito público o bien estaban vetadas por hallarse fuera de la esfera privada. Sin otra alternativa, se vieron obligadas a vivir en silencio una historia paralela a la de los hombres; una historia exenta de poder, de reconocimiento y de las oportunidades —sociales, educativas, económicas y/o laborales— necesarias para cambiar el transcurso de los acontecimientos.

Aunque el desinterés de la historiografía condenó a las mujeres isleñas a un vacío histórico sin parangón, la autora nos muestra, a través de esta obra, que los relatos escritos por viajeros y viajeras, tras su estancia en las Islas Canarias, fundamentalmente durante el siglo XIX, pueden ser una importante y variada fuente de documentación para el conocimiento y la comprensión del mundo insular, en general y, del femenino, en particular.

En verdad, y pese a que en muchos casos sea a modo de retazos, puesto que el interés de los viajeros y viajeras no se centró principalmente en describir la vida de las mujeres, lo cierto es que el legado dejado por visitantes como Verneau, Berthelot, Burton, Latimer, Edwardes, Leclercq, Murray, North, Stone, etc., es una puerta abierta al pasado, una manera de aproximarse al *modus vivendi* de las isleñas, a la distribución de sus tiempos y espacios; a los quehaceres que a diario se veían obligadas a realizar, a las posibilidades de formación y a la negada escolarización formal, a sus normas y costumbres, inquietudes y supersticiones, a la subordinación para con el sexo opuesto... Testigos directos de la realidad cotidiana, los visitantes plasmaron en sus ensayos, no exentos de subjetividad, prejuicios, juicios de valor y superioridad, todos aquellos aspectos que conformaban el patrimonio humano y cultural de las mujeres.

El libro, prologado por Nicolás González Lemus, prestigioso especialista en Literatura de Viajes, se encuentra estructurado en torno a siete apartados, además de la introducción y las conclusiones. En el I, *Viajeros y Viajeras en Canarias*, González Pérez destaca la importante aportación de los escritos de los visitantes europeos para

GONZÁLEZ PÉREZ, Teresa: *La mirada europea. Huellas de mujeres canarias en los libros de viajes*, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2006, 204 pp.

La ausencia de testimonios escritos acerca de la vida cotidiana de la mujer en el Archipiélago la postergó a permanecer, por mucho tiempo, en el más absoluto de los anonimatos, mostrándose ante todos como un personaje exento de historia. Su impuesta condición de ciudadana de segunda clase la relegó a la trastienda histórica y así, bajo un absoluto mutismo, se ignoró durante siglos su quehacer socioeconómico y familiar. Oficialmente a las mujeres sólo se les «reconocían» las funciones biológicas ligadas a la procreación.

la historiografía isleña, haciendo especial hincapié en aquellas mujeres, inglesas y francesas, que rompiendo con la tradición y con las costumbres de su entorno, y dando paso a una nueva cultura femenina, arribaron en el Archipiélago provistas de un cuaderno de notas, un pincel o una cámara fotográfica para plasmar la realidad que les rodeaba.

En el apartado II, *Las Mujeres Canarias y su abanico de actividades*, subraya el papel de las mujeres canarias no sólo en el ámbito doméstico y familiar sino también en el extradoméstico y productivo. Aunque a título oficial se dedicaban a «sus labores», lo cierto es que trabajaron como jornaleras, ganaderas, vendedoras, artesanas, empleadas en talleres de costura y tejedurías, sirvientas, lavanderas, planchadoras... Sin embargo en una sociedad eminentemente patriarcal a las mujeres se les privó de cualquier reconocimiento socio-profesional.

En el apartado III, *Vestimenta y rasgos físicos*, la autora aborda la manera en que los viajeros y viajeras describen la fisonomía y la indumentaria de las mujeres de los distintos estratos sociales y de los diferentes puntos del Archipiélago.

En el apartado IV, *Comportamiento y creencias*, analiza la alta dosis de religiosidad y la moralina imperante en la sociedad canaria, producto de la ignorancia y la superstición desde el punto de vista de los visitantes europeos, quienes ironizaban acerca de que tanta religiosidad no impidiera que algunas isleñas se dedicaran a una actividad tan amoral como la prostitución para ganarse la vida.

En el apartado V, *La educación, un ritual de costumbres*, González Pérez recoge algunas de las restricciones a las que estaban sometidas las féminas isleñas: no salir solas a la calle, no hablar con personas del sexo opuesto, pasar la mayor parte del tiempo recluidas en el hogar, contactar con el exterior a través de los postigos...; limitaciones que alarmaban sobremanera a los viajeros y viajeras y que asociaban al analfabetismo y al atraso en el que estaba sumido la población.

En el apartado VI, *Escolaridad y aprendizaje*, la autora hace explícita cómo a la

mayor parte de las mujeres del Archipiélago, sobre todo a aquellas de clases populares, se les negó la escolarización formal, teniendo que conformarse con los aprendizajes recibidos tras las puertas del hogar. Economía doméstica, atención y cuidado a los demás, nociones sobre culinaria, costura, higiene, remedios curativos, elaboración de artesanías, etc., conformaban las «materias» que integraban el currículo propio del género femenino y que madres, abuelas y hermanas mayores, cual maestras de la vida cotidiana, se encargaban de transmitir por medio de la oralidad y la práctica diaria; un currículo que contenía los conocimientos y directrices precisas para que las niñas interiorizaran y aprendieran cuál era el rol vital de toda mujer, esto es, ser esposa y madre. Sólo una minoría de la población femenina accedió a la escolarización formal; si bien se trataba de una escolarización caracterizada por la dejadez de las autoridades, por la escasa cualificación de un profesorado carente de los conocimientos, recursos y metodologías didácticas necesarias para afrontar el proceso de enseñanza-aprendizaje, y por la indiferencia de los progenitores, más preocupados por comer que por aquellas cuestiones del saber. A modo extraoficial, algunas niñas tuvieron la oportunidad de simultanear la instrucción del hogar con el aprendizaje de la lecto-escritura y las cuatro reglas, gracias al sacrificio y la buena voluntad de las «amigas», mujeres con vocación de maestras que vinieron a llenar el vacío de una enseñanza formal vetada para las niñas de clase social desfavorecida. En cualquier caso, para algunos viajeros y viajeras era necesario extender la instrucción a todas las islas y a todos los estratos sociales pues sólo así se lograría erradicar el analfabetismo de la población, lo que contribuiría a solventar muchos de los males de la sociedad canaria. Según ellos, en la educación se hallaba la clave.

El apartado VII, *A modo de Epílogo*, es un compendio de las ideas más importantes que se recogen a lo largo del libro.

Sin lugar a dudas, la obra que nos presenta Teresa González Pérez, plagada de amplias referencias y fruto de una labor de búsqueda y análisis riguroso, se vuelve

imprescindible para estudiar, reconstruir y divulgar el rol socio-histórico de las mujeres canarias, sobre todo ante la imposibilidad de contar con las narraciones de las protagonistas principales. Asimismo, nos brinda la oportunidad de reflexionar acerca del papel de la educación de la mujer, tanto en lo que se refiere a la reglada y formal como a la no reglada.

En definitiva, *La mirada europea. Huellas de mujeres canarias en los libros de viajes* es un instrumento de recuperación histórica al alcance de todos aquellos que buscan conocer y comprender la «historia real» de aquella parte de la humanidad invisibilizada durante siglos, la otra historia de Canarias.

No quisiera terminar esta reseña sin resaltar una idea que se recoge en la presentación de esta obra: «Lo más importante es que tampoco existe la diferencia abrumadora entre la situación cultural y social de las mujeres europeas y las canarias que ellos percibieron». En verdad, la realidad de las mujeres en épocas pretéritas fue similar, sobre todo para aquellas de un mismo estrato social. En cualquier caso, y con independencia de la clase, todas las mujeres tuvieron un estatus social marginal, un rol que estaba establecido en función de su papel familiar (en tanto esposas, madres e hijas) y una educación orientada a la formación de hacendosas amas de casa y esposas y madres amantísimas, obedientes, virtuosas, religiosas...

ANA E. CRUZ GONZÁLEZ